

es menester parlamentar con él, explicándole la razón por qué se encuentra uno fuera tan á deshora: algunos *sapeques* son generalmente las esplicaciones mas satisfactorias.

Hay uno de estos guardas de policía destinado á la vigilancia nocturna en cada una de las calles de la

ciudad, y él es el responsable de lo que en ella ocurre: por eso, pues, no se oye nunca hablar en Pekin de robos con fractura, ni menos de atropellos á mano armada. Hay en cambio un gran número de rateros de una destreza admirable.

A cada paso encontraba vigilantes nocturnos que



Catedral católica en Pekin.—De fotografía.

se pasean hiriendo un cilindro de madera con un ruido análogo al de una carraca. Cuando ven ó oyen algo sospechoso, redoblan los golpes de su cilindro como diciendo: *¡aquí estoy yo!* Llevan además para que se les vea de lejos una linterna colgada á la cintura.

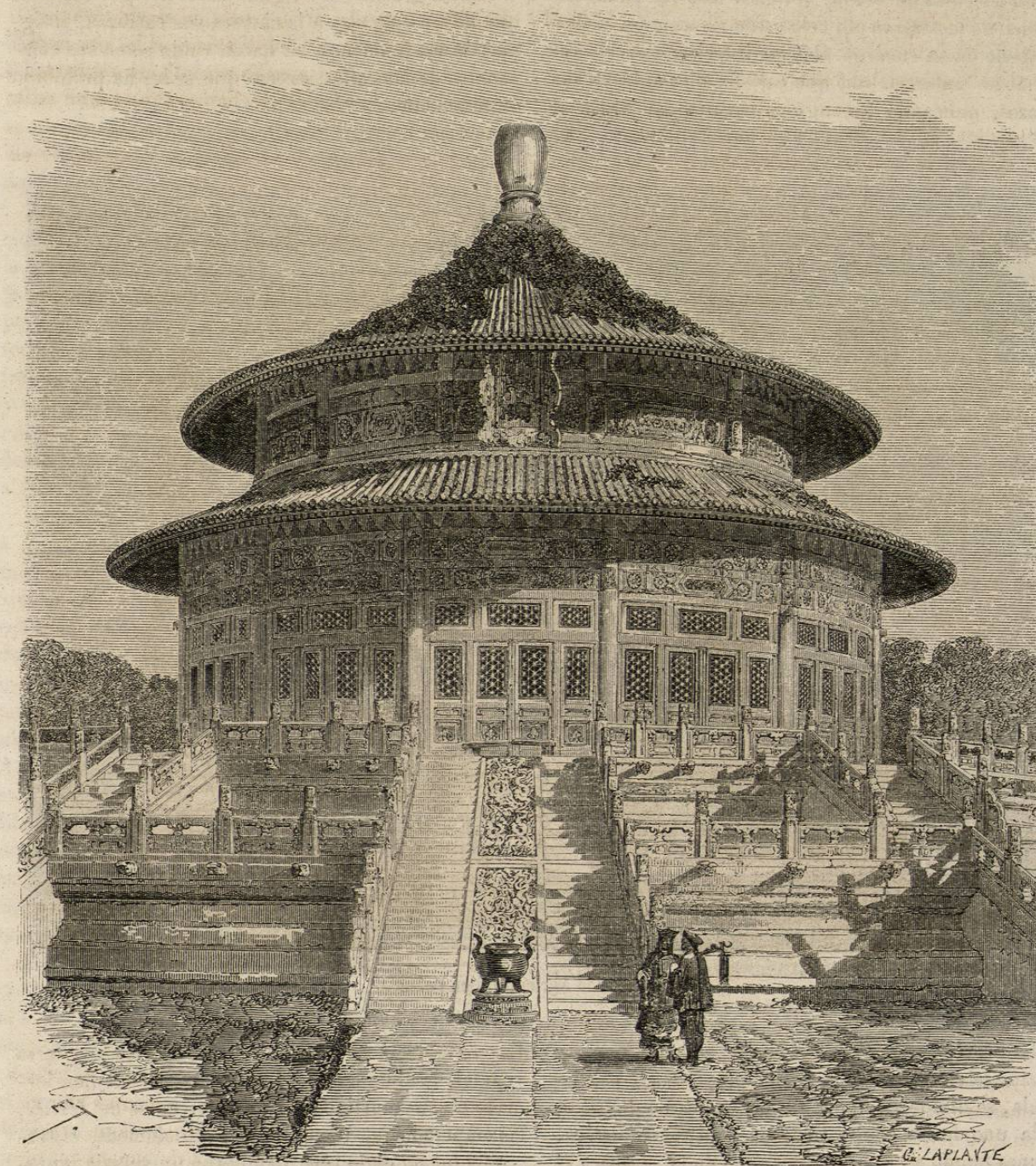
Pekin no está iluminado, es verdad; pero los chinos tienen una pasión tan inesplicable por las linternas, que las usan hasta al esplendor de la luna llena.

Los palanquines de las literas, los mendigos, los guardias de policía van provistos de ellas, y hasta los muchachos las tienen proporcionadas á su estatura.

Entrando en la ciudad mongólica, topé manos á boca con una patrulla encargada de la ronda nocturna. El oficial comandante, que la precedía á caballo, hacia llevar delante de sí una enorme linterna donde estaban inscritos su nombre y títulos: cada cual de

sus subalternos llevaba otra mas pequeña en forma de pez, de pájaro ó de caballo. Todas estas luces, agitando en la oscuridad, alumbran solamente la pier-

nas de los guardias, cuyos pechos y cabezas quedan en las sombras, produciendo el efecto mas singular.



El templo del Cielo en Pekin.

Desgraciadamente este pintoresco espectáculo fue interrumpido por un alboroto espantoso que me hizo tomar el galope. Los vigilantes de cada calle transversal, á fin de reconocer la patrulla y probarles su vigilancia, anunciaron su paso haciendo sonar sus

cilindros con toda la fuerza de sus brazos; y en correspondencia los soldados de la patrulla agitaron todos á la vez otros ruidosos instrumentos, que á modo de tabletas llevaban atados al brazo.

Son tan molestos tales ruidos mientras no se acost-

tumbra á ellos el oído, que ahuyentan el sueño durante noches enteras.

Volviendo á la legacion, he visto en alarma á nuestros vigilantes de noche (que los hay en todas las grandes casas de Pekin) y viendo ellos luz en mi habitacion, mostraron un celo extraordinario en el desempeño de su encargo. Reíame interiormente de ver el modo fanfarron con que uno de ellos agitaba sus brazos, indicando los ángulos oscuros del jardín al

otro que los registraba con su tridente de hierro, como si hubiera querido traspasar á los supuestos ladrones. ¡Si hubieran visto uno solo, cómo hubieran corrido todos!

A Dios gracias, los vigilantes de la legacion, bien que lleven colgadas á la cintura sus carracas, insignias de sus funciones, no hacen ruido como sus compañeros de las calles: es cosa que se les ha prohibido espresamente.



Templo de la Agricultura en Pekin.

La provincia de *Petché-li* en que se halla Pekin y la mas setentrional de la China propiamente así llamada, se divide en nueve departamentos ó distritos, cada uno de los cuales tiene su capital respectiva. Hemos tenido ocasion de recorrer el de *Tien-tsin*: el de Pekin es menos fértil todavía. Limitado al Noroeste por una cadena de montañas que lo separan de *Suan-hoa-fu*, solo comprende grandes estensiones arenosas, regadas por el *Pei-ho* y el *Weu-ho*, cuyos valles únicamente poseen una riqueza natural. Pero si la naturaleza ha negado sus dones á las inmediaciones de Pekin, la industria humana, á fuerza de trabajo, eso sí, ha cambiado y embellecido su aspecto.

Las irrigaciones, los fabulosos trasportes de tierra vegetal, la abundancia de abonos excelentes han formado un suelo artificial. En las cercanías de *Haiien*, los emperadores, removiendo profundamente el terreno á fuerza de brazos, han hecho un paisaje pintoresco en medio de una llanura árida y desnuda. Colinas rocallosas, fértiles valles, bosques cerrados, lagos, cascadas, todas las creaciones del arte, secundadas por el tiempo, han reemplazado aquí á la naturaleza.

Los pásmosos trabajos de terraplen se extienden á mas de 40 kilómetros al Noroeste de Pekin. Al Norte de la capital se ven grandes sementeras de sorgo, de

trigo y de cebada; al Sur inmensos pantanos y rios alimentados por las aguas del *Weu-ho*; y, en fin, al Este viene á terminar el arrecife de *Pa-li-kiaos*, donde está situada la ciudad de *Tong-Cheon*, que anteriormente hemos descrito.

Saliendo de la ciudad por la puerta de *Pin-tse*, hállase uno en la gran via del Noroeste que conduce á las ruinas del *Palacio de verano*. Al pie de las murallas un recinto plantado de árboles abraza el campo santo de los portugueses, donde fueron inhumadas las víctimas del atentado de *Tonk-cheu* y el cuerpo del general *Collineau*.

A algunos kilómetros mas lejos se ve el cementerio francés, que guarda el monumento consagrado á la memoria de los oficiales y soldados muertos durante la campaña de China. Nada tan triste como el aspecto de esta necrópolis. Se entra á ella por una deteriorada puerta, que encaja en ruinosos muros: un fraile católico, que es á la vez guarda del cementerio y maestro de escuela, habita allí en un mal aposento rodeado de sorghos; por detrás se estiende un huerto donde entre piedras y malezas pueden apenas crecer algunas legumbres mezquinas.

Después del huerto, las tumbas. Están alineadas á igual distancia y construidas todas por el mismo modelo adoptado en otro tiempo por los misioneros: vienen á ser unos cuadros iguales cubiertos con unos como hemisferios de reborde á modo de sombreros redondos. Estas piedras son por demás lúgubres por la monotonía de su forma y por la regularidad de su posicion. Delante de cada tumba y sostenido por un zócalo, hay un monolito con los respectivos epitafios. A lo lejos y por las brechas de las tapias, véanse los azulados picos de las montañas coronando la llanura. El suelo del campo santo está cubierto de un musgo negruzco, marchito ó seco por el sol. Ni se ven otros árboles que los tristes alerces plantados últimamente entre las tumbas, y que apenas vegetan en terreno tan ingrato.

El monumento expiatorio erigido al ejército francés por los cuidados del capitán *Bouvier*, se alza junto á la entrada: es cuadrado, mas alto que ancho y muy sencillamente exornado. Una verja de hierro circuye su base, y lo defiende de todo contacto: en el frontis descuella el águila imperial, y á la espalda y por trofeos, dos espadas en cruz con la legion de honor en sotuer. En uno de sus flancos se lee esta inscripcion:

«A la memoria de los oficiales y soldados muertos en la campaña de China—1860.»

En el otro, se leen los nombres de las víctimas del atentado de *Tong-Cheu*, y los de los oficiales muertos en el combate.

A algunos pasos mas allá se ve en el suelo una ancha piedra tumular, la misma en que fue transporta-

do el cadáver del teniente *Damas*, muerto en el combate de *Tchang-Kia-Uang*.

Vaga en este cementerio una melancolía que impresionada profundamente: aquí, á 4,000 leguas de la patria, reposan llenos de gloria algunos hijos de Francia. Ningun ruido recuerda el país natal; solamente la gangosa monotonía de los escolares chinos repitiendo sus lecciones, viene á interrumpir tan triste silencio.

El cementerio francés está situado al Oeste-noroeste, y á 8 kilómetros de Pekin, en el seno de un árido vallejo: mas allá, caminando hácia el pueblecillo de *Hai-Tien*, se ve á la derecha el célebre templo de la Campana.

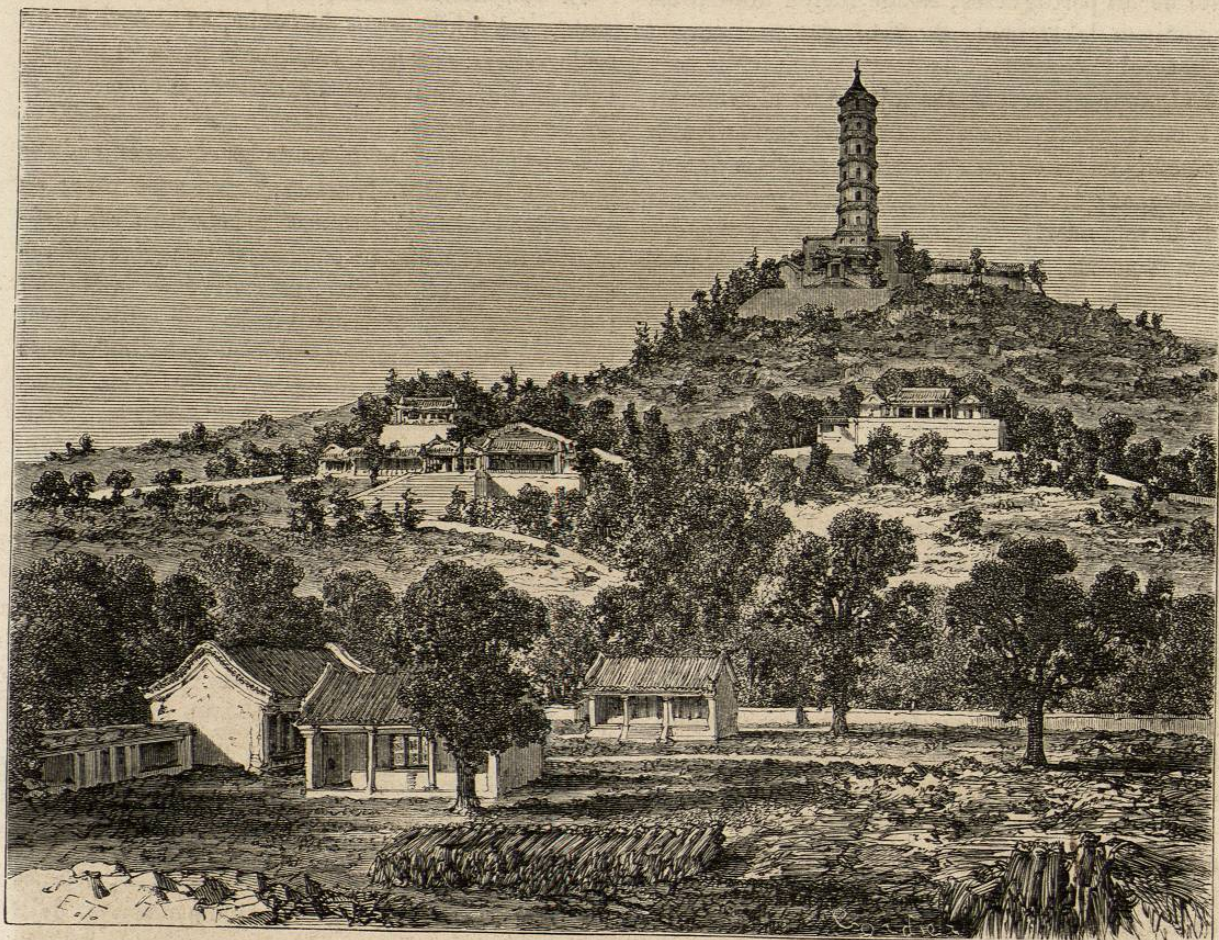
La arquitectura religiosa de los chinos en nada se parece á la nuestra. Nosotros, procurando poner en armonía el misterio de que se rodean nuestras ceremonias con el conjunto de edificios consagrados al recogimiento y á la oracion, personificamos la Magestad de Dios por grandiosas iglesias, de estilo grave, sombrío, melancólico. La devocion de los budistas es menos exigente, y se acomoda á construcciones análogas á las casas particulares. Así, pues, los chinos para construir un templo eligen un sitio risueño, pintoresco, con aguas puras, con frondosos árboles: en él ahondan estanques y riachuelos, trazando una multitud de andenes que embellecen con arbustos y flores: por estas frescas y perfumadas calles se llega á varios cuerpos de edificio rodeados de galerías cuyos pilares están cubiertos de plantas enredaderas. Creeríase uno en una residencia campestre destinada á los placeres sensuales, mas bien que en un santuario consagrado á la divinidad.

Tal es el templo de la Campana que debe su nombre á un enorme instrumento de forma distinta de la de sus homónimos de Europa. Este es un cono prolongado, casi cilíndrico, de bronce sin liga, de unos cinco metros de altura por 3 de diámetro, y de 8 centímetros de espesor. Esta campana pesa 60,000 kilogramos y está cubierta de frisos, de filetes, de molduras, y de mas de 35,000 caracteres en antiguo chino y en lengua mandchú, cincelados en relieve con una limpieza admirable. Como está inmóvil y no tiene badajo, se la hiere con un mazo de madera, lo que produce un sonido sordo y de escasas vibraciones, á pesar de la pureza del metal.

No lejos de aquí, y en medio de un amplio anfiteatro de altas colinas, se alza el templo de *Pi-yun-tse*. La calle que conduce á este edificio sagrado, tiene mas de 1 kilómetro de longitud y está agradablemente sombreada por una doble serie de abetos, plantados á simétricas distancias y habitados por ardillas y faisanes. La arquitectura de este templo es bastante grandiosa: está situado al pie de una eminencia y circuido de galerías y terraplenes sobrepuestos, que

van disminuyendo gradualmente hasta la cima con sus mil salas y corredores.

La gran calzada de baldosas que conduce á las ruinas que fueron el Palacio de Verano, pasa junto al pueblo de Hai-Tien. Las faldas de las colinas están cubiertas de jardines y bellas habitaciones, pertenecientes á los mandarines consagrados al servicio inmediato del emperador. Un gran lago de forma cuadrada, precede á la entrada del palacio. A la izquierda



La torre Guet.—De fotografía.

blemente trabajado. Las tierras provinientes de los estanques han formado altas colinas rocallosas, diseminadas en medio de fértiles valles, donde el derrame de las aguas ha venido en provecho de inmensos arrozales.

XII.

EL GOBIERNO.

Autoridad del emperador.—Cuerpo de letrados.—Division de los grados y botones de los mandarines.—Oficio de los censores.—El Consejo de ministros.—Tribunal de Casacion.—Los seis ministerios.—Administracion superior y gobierno de provincias.

Hay en China un antiguo proverbio que dice:
«Cuando el sable está enmohecido y la azada relu-

un camino tambien embaldosado, conduce á un nuevo pueblecillo habitado igualmente por la servidumbre del palacio, como lo indican el color amarillo de los tejados de las casas. Al Noroeste, véanse las montañas que dominan la Torre del Vigía, desde cuya altura los guardas encargados de vigilar las inmediaciones de la residencia imperial, pudieron avisar en 1860 la llegada de los bárbaros de Occidente.

Todo este paisaje, aunque artificial, está admira-

ciente, las prisiones vacías y los graneros llenos, las escaleras de los templos gastadas y las de los tribunales cubiertas de yerba, los médicos van á pie y los panaderos á caballo, el imperio está bien gobernado.»

Por desgracia, si este gran proverbio ha tenido alguna vez aplicacion, no la tiene en verdad desde hace mucho tiempo. La insurreccion de los *te-ping*, la intervencion armada de los europeos, la debilidad de carácter del emperador *Hien-fung*; han traído un estado de decadencia, un menosprecio de las antiguas instituciones, que parece anunciar la próxima disolucion de este vasto Imperio.

Su organizacion, sin embargo, era un modelo en el género despótico. El emperador es considerado como

el padre y la madre de sus vasallos: faltar al respeto, á la obediencia debida á los delegados de su poder, es cometer un crimen contra la piedad filial, virtud fundamental que es el objeto de los elogios de todos los moralistas. La piedad filial sirve como de base á la moral pública: ser buen ó mal ciudadano, es ser buen ó mal hijo. Tales son los principios del poder imperial, establecidos por el *King*, ó cinco libros canónicos de los chinos, antiguos monumentos debidos á sus primeros

sabios, y que despues de cuatro mil años, son los códigos de su religion, de su jurisprudencia, de su administracion. Pero si el soberano ejerce un poder paternal ilimitado sobre sus vasallos, él es á su vez el *Tien-tse* ó Hijo del Cielo; es decir, que el *Tien*, ó Ser Supremo, puede en caso de indignidad por su parte, retirarle la soberanía que ha recibido por mandato del cielo. Sea cualquiera el valor de esta teoria, á pesar de las grandes y numerosas revoluciones del



Cementerio francés en Pekin.

Imperio, á pesar tambien de las veinte y dos dinastías que se han sucedido hasta el presente, el profundo respeto que inspira la dignidad imperial, no ha disminuido todavía y la adhesion y afeccion hácia toda nueva familia reinante, está erigida en máxima de derecho público.

La autoridad del emperador, es pues absoluta: él hace las leyes y las deroga á su voluntad; él tiene sobre todos sus vasallos derecho de vida y muerte; todo poder político, administrativo ó judicial, emana de él, y todas las rentas del imperio están á su disposicion. Sin embargo, no absorbe en sí exclusivamente la au-

toridad; la delega á sus ministros, los cuales la transmiten á los gobernadores de las provincias, donde de grado en grado llega á los jefes de familia, cuyo conjunto constituye la nacion.

Nadie se acerca al Hijo del cielo sino haciendo extremos de la mas servil humildad; pero el poder soberano, está contenido tambien en ciertos límites por las reglas y los usos. Cuando un vasallo llega á su trono, hiere nueve veces la tierra con la frente. Pero tampoco el soberano puede elegir un subprefecto, sino en la lista de candidatos hecha por los letrados; y si el dia de un eclipse dejase de ayunar y recono-